

extraño á nuestro objeto, pero bastará indicar de pasada dos condiciones generales que determinan la disociación de las series.

1.<sup>a</sup> Hay causas internas ó subjetivas. La resurrección de una figura en la mente, de un monumento, de un paisaje ó de un acontecimiento, no es con frecuencia más que parcial, depende de condiciones diversas que reaniman lo esencial y dejan en el olvido los detalles secundarios; y esto esencial que sobrevive á la disociación, depende de causas subjetivas, de las cuales las más importantes son en primer lugar las razones prácticas y utilitarias; es la tendencia ya mencionada á abandonar y á excluir de la conciencia lo que no sirve. Helmholtz ha demostrado que en el acto de la visión quedan inadvertidos muchos detalles porque son indiferentes para las necesidades de la vida, y, de este género, existen muchos casos. En cuanto á las razones afectivas que gobiernan la atención y la orientan en una dirección exclusiva, han de ser estudiadas en el trascurso de esta obra, como también las razones lógicas ó intelectuales, designando bajo este nombre la ley de inercia mental ó ley del menor esfuerzo, por la cual el espíritu tiende á la simplificación y á abreviar su trabajo.

2.<sup>a</sup> Hay causas externas ú objetivas que son las variaciones en la experiencia. Cuando dos ó más cualidades ó acontecimientos se dan como asociados constantemente, no se les disocia ya; la uniformidad de las leyes de la naturaleza es la gran antagonista de la disociación. Muchas verdades (por ejemplo, la existencia de los antípodas) se imponen difícilmente, porque es preciso destruir muchas asociaciones insolubles: el rey oriental de que habla Sully, que no había visto nunca hielo, se negaba á creer que exis-

tiese un agua sólida. «Una impresión total, cuyos elementos no nos hubieran sido dados nunca por la experiencia, sería refractaria al análisis. Si todos los objetos fríos fuesen húmedos y todos los objetos húmedos fríos, si todos los líquidos fueran transparentes y no fuera transparente ningún objeto no líquido, nos costaría un grande esfuerzo distinguir lo frío de lo húmedo y la liquidez de la transparencia»; por el contrario, añade W. James, «lo que ha sido asociado tanto á una cosa como á otra, tiende á disociarse de las dos...; á esto se podría denominar ley de disociación por variaciones concomitantes» (1).

Para comprender mejor la necesidad absoluta de la disociación observaremos que la reintegración total es por su naturaleza un obstáculo á la creación. Se citan algunas personas que pueden retener fácilmente veinte ó treinta páginas de un libro, pero, cuando tienen necesidad de citar un párrafo, no pueden referirlo si no vuelven á empezar desde el principio y prosiguen hasta llegar al sitio en que se halla; de suerte que esta gran facilidad de retención acaba por ser un serio inconveniente. Sin hablar de otros casos excepcionales, sabido es que las gentes ignorantes y de limitada inteligencia hacen de cada suceso una relación invariable, siempre la misma y en la misma forma, sin distinguir lo importante de lo accesorio, ni lo útil de lo inútil, no perdonando ningún detalle, porque son incapaces de agrupar y de escoger lo más substancial é interesante; los espíritus de este temple son impropios para la invención.

Se puede decir con más brevedad que existen dos

(1) Y. Sully. *The Human Mind*. I. 365. — W. James. *Psychologie*. I. 502.

clases de memoria: una completamente sistematizada (hábitos, rutina, poesía ó prosa aprendidas de memoria, ejecución musical impecable, etc., etc.), hecha de una pieza é inepta para formar nuevas combinaciones; la otra no sistematizada, libre, es decir, compuesta de pequeños grupos más ó menos coherentes, plástica y dispuesta para toda clase de combinaciones nuevas.

Hemos enumerado, pues, las causas espontáneas y naturales de la disociación, omitiendo las causas voluntarias y artificiales que no son más que una imitación de las primeras. Por efecto de estas diversas causas, las imágenes y las series, divididas, fragmentadas, hechas pedazos, son más propias y adecuadas para servir de materiales al inventor; es un trabajo parecido al que, en geología, produce nuevos terrenos por el desgaste de las rocas.

## II

La asociación es una de las grandes cuestiones de la psicología, pero como no incumbe á nuestro propósito, no la trataremos con la extensión que su importancia requiere; por otra parte, nada más fácil que circunscribirnos; nuestra tarea se puede reducir á una cuestión muy clara y perfectamente determinada:

*¿Cuáles son las formas de asociación que ocurren en las combinaciones nuevas y bajo qué influjo se producen?*

Todas las otras formas de asociación, que al fin y al cabo no son más que repeticiones, las

eliminaremos; además, esta cuestión no puede ser tratada una sola vez, ha de estudiarse alternativamente en sus relaciones con nuestros tres factores: el intelectual, el emocional y el inconsciente.

Se admite generalmente que el término «asociación de ideas» es malo, por ser poco comprensible la asociación rigiendo otros estados psíquicos que no son las ideas; además, parece indicar una yuxtaposición, siendo así que los estados asociados se modifican por el hecho mismo de su conexión (1); pero como dicho término está consagrado por el uso, sería difícil proscribirle.

En cambio los psicólogos no están de acuerdo acerca de la determinación de las leyes ó formas principales de la asociación. Sin tomar partido alguno en el debate, adopto la clasificación más generalizada y la más cómoda para nuestro objeto, la que reduce todo á las dos leyes fundamentales de la contigüidad y de la semejanza. En estos últimos años se han hecho varias tentativas para reunir estas dos leyes en una sola; los unos reducían la semejanza á la contigüidad y los otros la contigüidad á la semejanza. Dejando á un lado el fondo de esta discusión, que me parece bastante vana y que tal vez la ha motivado un vivo deseo de unidad, es preciso reconocer, sin embargo, que este debate no deja de encerrar algún interés para el estudio de la imaginación creadora, porque está bien demostrado que las dos leyes fundamentales mencionadas tienen cada una un mecanismo que les es propio.

La asociación por contigüidad (ó continuidad),

(1) Para una buena crítica de este término, véase Titchener. *Outlines of psychology*, p. 190. New-York.

que Wundt llama externa, es simple y homogénea, reproduce el orden y la conexión de las cosas, y se reduce á los hábitos contraídos por el sistema nervioso.

La asociación por semejanza, que Wundt llama interna, ¿es en sentido estricto una ley elemental? Muchos lo dudan. Sin entrar, por nuestra parte, en los largos y confusos debates á que ha dado lugar este asunto, se pueden resumir sus resultados como sigue:

En la asociación por semejanza hay que distinguir tres momentos: 1.º el de la presentación; por ejemplo, un estado A es dado por la percepción ó la asociación por contigüidad; este es el punto de partida. 2.º el del trabajo de asimilación; A es reconocida como más ó menos semejante á un estado *a* experimentado anteriormente. 3.º como resultado de la coexistencia de A y de *a* en la conciencia pueden después evocarse recíprocamente, aunque de hecho los dos acontecimientos primitivos A y *a* no hayan coexistido nunca anteriormente y aun cuando no hayan podido coexistir.

Claro es, que el momento capital es el segundo, y que consiste en un acto de asimilación activa, no de asociación. También W. James sostiene «que la semejanza no es una ley elemental, sino una relación que el espíritu percibe según el hecho, como percibe las relaciones de superioridad, de causalidad, de distancia, etc... entre dos objetos evocados por el mecanismo de la asociación (1).»

(1) Para los debates acerca de la reducción á la unidad, se encontrará la bibliografía detallada en Todl. *Lehrbuch der Psychologie* (Stuttgart 1896, página 490.—Sobre la comparación de las dos leyes: W. James ob. citada, I. 590. J. Sully, ob. cit. I. 331 y siguientes. Höfding, *Psychologie* 21 a.

La asociación por semejanza supone un trabajo mixto de asociación y disociación, es una forma activa, y también el origen principal de los materiales de la imaginación creadora como en el trascurso de este trabajo hemos de demostrar hasta la saciedad.

Después de este preámbulo, un poco largo por cierto, pero indispensable, llegamos al factor intelectual propiamente dicho, al cual nos hemos ido acercando poco á poco. El elemento fundamental y esencial de la imaginación creadora, en el orden intelectual, es la facultad de *pensar por analogía*, es decir, por semejanza parcial y con frecuencia accidental. Entendemos por analogía una forma imperfecta de la semejanza; la semejanza es un género del que la analogía es una especie.

Examinemos con algunos detalles el mecanismo de este modo del pensamiento para comprender cómo la analogía es, por su naturaleza, un instrumento casi inagotable de la creación.

1.º La analogía puede descansar únicamente sobre la cantidad de los atributos comparados. Sean *a b c d e f y r s t u d v* dos seres ú objetos, de los cuales cada letra designe simbólicamente sus atributos constitutivos. Bien se ve que la analogía entre los dos seres ú objetos es muy débil, porque no hay más que un solo elemento común: *d*; si el número de elementos comunes aumenta, la analogía crecerá en la misma proporción. La relación que acabamos de simbolizar no es rara entre los espíritus ajenos á una disciplina un poco rigurosa; un niño ve en la luna y en las estrellas una madre rodeada de sus hijos, y, los aborígenes de la Australia, llamaban á un libro «una almeja», únicamente porque se abre y cierra como cierra y abre sus valvas el marisco.

2.º La analogía puede tener por fundamento la cualidad ó valor de los atributos comparados, y entonces se apoya en un elemento variable que oscila de lo esencial á lo accidental y de la realidad á la apariéncia. Entre los cetáceos y los peces la analogía es grande para los profanos y escasa para el naturalista. Todavía aquí son posibles numerosas relaciones, si no se tienen en cuenta ni su solidez ni su fragilidad.

3.º Por último, entre los espíritus poco exactos se produce una operación semi-inconsciente, y que podría llamarse transferencia, por omisión de los términos medios; verbi gratia, hay analogía entre *a b c d e* y *g h a i f* por el carácter común *a*; entre *g h a i f* y *x y f z q* por el carácter común *f*, y, finalmente, se establece una analogía entre *a b c d e* y *x y f z q*, sin más razón que por la analogía común con *g h a i f*; en el orden afectivo las transferencias de esta especie no son raras.

La analogía, de procedimiento inestable, undulante y multiforme, da lugar á las agrupaciones más imprevistas y nuevas; por su flexibilidad, que no tiene límites, produce relaciones absurdas y las invenciones más originales.

Después de estas observaciones acerca del mecanismo del pensamiento por analogía, veamos los procedimientos que emplea para crear. El problema, en apariéncia, es inextricable; las analogías son tan numerosas, tan diversas y tan arbitrarias que llega hasta perderse la esperanza de descubrir una regularidad cualquiera en el trabajo creador; sin embargo, parece que todas ellas son reductibles á dos tipos ó procedimientos principales: la personificación y la transformación ó metamorfosis.

La *personificación* es el procedimiento primitivo; es radical, siempre idéntica á sí misma, pero transitorio; va de nosotros á las cosas, y consiste en animarlo todo, en suponer en todo cuanto tiene asomos de vida, y aun en lo inanimado, deseos, pasiones y voluntad semejantes á los nuestros, y obrando como nosotros en vista de determinados fines. Este estado del espíritu es incomprendible en el hombre adulto y civilizado, pero es preciso admitirle, pues hay hechos sin número que demuestran su existencia; se me dispensarán los ejemplos, son demasiado conocidos y llenan las obras de los etnólogos, de los viajeros en países salvajes y de los mitólogos; en el comienzo de nuestra vida, durante la primera infancia, todos hemos atravesado este período inevitable del animismo universal; las obras de psicología infantil abundan en observaciones que no dejan duda alguna acerca de este punto; el niño lo aniqua todo, tanto más cuanto más imaginativo es, pero lo que entre los hombres civilizados no dura más que un momento, en los pueblos primitivos queda como una disposición estable y en acción permanente. El sistema de personificación es la fuente inagotable de donde han surgido la mayor parte de los mitos, una masa enorme de supersticiones y un gran número de creaciones estéticas; para resumir en breves palabras, todas las cosas inventadas *ex analogia hominis*.

La *transformación ó metamorfosis* es un procedimiento general, permanente y de formas múltiples que va, no del sujeto pensante á los objetos, sino de un objeto á otro objeto, de una cosa á otra cosa; consiste en una transferencia por semejanza parcial, y dicha operación descansa sobre dos bases fundamentales: Unas veces se apoya en semejanzas vagas sumi-

nistradas por las percepciones, como una nube que parece una montaña, una montaña que semeja un animal fantástico, ó el ruido del viento simulando un gemido, etc. Otras veces es una semejanza afectiva la que predomina; una percepción evoca un sentimiento y se convierte en señal, signo ó forma plástica; así el león representa el valor, el gato la astucia, el ciprés la tristeza, etc., etc. Todo esto, sin duda, es erróneo y arbitrario, pero el papel de la imaginación es inventar, no conocer.

Nadie ignora que este sistema crea las metáforas, las alegorías y los símbolos; pero no por ello vaya á pensarse que su acción se halla limitada dentro del dominio del arte ó de la evolución del lenguaje, pues á cada momento se le encuentra en la vida práctica, en las invenciones mecánicas, industriales, comerciales y científicas, y nosotros daremos más adelante numerosos ejemplos.

En efecto, como se ha dicho anteriormente, la analogía es una forma imperfecta de la semejanza, supone en los objetos comparados una suma de semejanzas y diferencias en proporciones variables, que comprende necesariamente muchos grados, pues al fin y al cabo la relación se efectúa entre similitudes vanas ó extravagantes. En el otro extremo, la analogía, confina con la semejanza exacta, y se relaciona con el conocimiento propiamente dicho, por ejemplo, con la invención mecánica y científica; por consecuencia, nada tiene de extraordinario que la imaginación sea con frecuencia un sustituto, ó como ha dicho Goethe, un «heraldo de la razón». Entre la imaginación creadora y la investigación racional hay una comunidad de naturaleza, las dos suponen la facultad de determinar y discernir las semejanzas.

Por otra parte, la preponderancia del procedimiento exacto ó del procedimiento aproximativo, establece desde su mismo origen una distinción entre «los pensadores» y «los imaginativos».